

EXPLICANDO LA CONFLICTIVIDAD EN EL SISTEMA INTERNACIONAL. José Abu-Tarbush.

- KLARE, Michael T. (2003). *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Barcelona: Ediciones Urano. (345 páginas).
- (2006). *Sangre y petróleo. Peligros y consecuencias de la dependencia del crudo*. Barcelona: Tendencias. (396 páginas).
- (2008). *Planeta sediento, recursos menguantes. La nueva geopolítica de la energía*. Barcelona: Tendencias. (475 páginas).

El conflicto es una pauta constante e inherente a toda agrupación humana. Ninguna sociedad ha estado libre de controversias a lo largo de la historia. En todos los ámbitos de la vida retumba su eco, en las relaciones interpersonales, familiares, comunitarias, asociativas, laborales y profesionales. Del mismo modo, su dimensión espacial se extiende desde el terreno local, insular, provincial, regional, nacional hasta el internacional. Pese a que comúnmente se asocia el conflicto con la violencia, no todos, ni necesariamente la mayoría, adoptan este recurso. Por el contrario, numerosas situaciones reales o potencialmente conflictivas han propiciado o forzado importantes pactos o acuerdos. Si bien su alcance ha sido fruto del diálogo y la negociación, no menos cierto es que se han apoyado o han sido reforzados por importantes medidas de presión de uno u otro signo: desde los sondeos de opinión hasta las diferentes variantes de la movilización colectiva. De hecho, algunos significativos avances en materia de derechos sociales, políticos y económicos son re-

sultado de no menos relevantes conflictos sociales. De aquí que, desde otra perspectiva, el conflicto sea considerado también como una fuente de cambio social. En este sentido, que una sociedad se dote de mecanismos de resolución de conflictos es doblemente revelador. Primero, porque asume que la contraposición de intereses es consustancial a todo proyecto social; y, segundo, porque establece los canales de participación o regulación para su potencial resolución. Obviamente, la adopción de una política de resolución de conflictos no garantiza su máxima eficacia: que todas las controversias se resuelvan de la manera más satisfactoria para todas las partes implicadas. Semejante pretensión no siempre está al alcance de la política y, en su lugar, parece más propia de los milagros. Sin embargo, pese a sus imperfecciones, puede resultar mejor que el imperio del más fuerte. Esto no niega la necesidad de su constante revisión y mejora, al igual que sucede con los acuerdos o consensos logrados en épocas pretéritas sobre las más diversas materias. Por lo general, todos son susceptibles de nuevas o futuras controversias, entre otras razones porque su emergencia responde a unas determinadas coyunturas, valores predominantes y equilibrios de fuerzas que terminan siendo alterados (e incluso volviéndose obsoletos) por los propios cambios sociales y tecnológicos inherentes al paso del tiempo.

Pues bien, lo expuesto hasta aquí tiene su correlato en la sociedad internacional. No obstante, a diferencia de otros espacios más reducidos y acotados, los conflictos armados en el sistema mundial tienden a ocupar un lugar más relevante debido a su propia dimensión espacial (de escala planetaria); el mayor número de con-





tendientes que involucra (Estados, sociedades y un sin fin de actores no estatales); y las catastróficas consecuencias que tiene en términos humanos, materiales, sociales y medioambientales. Sin olvidar sus efectos devastadores, desestabilizadores e incluso de contagio para recuperar nuevamente la confianza, estabilidad y paz mundial. Un ejemplo que ilustra esto son las dos guerras mundiales del siglo XX (que, conviene recordar, no se redujeron sólo al escenario europeo). A su vez, el mayor eco de la violencia en este espacio tiende a asociar la sociedad internacional con un lugar muy frágil e inseguro. Sus propias peculiaridades refuerzan esta percepción. En efecto, se trata de un sistema social descentralizado, sin un Estado o gobierno mundial; y en el que los Estados se reservan, además de la soberanía, el recurso de la fuerza bajo el concepto de la legítima defensa o la amenaza a su seguridad. En no pocas ocasiones semejantes argumentos derivan en argucias o pretextos que ocultan otras intenciones u objetivos.

Pero ¿cabe inferir de aquí que las tesis (neo)realistas resultan más convincentes que las sostenidas por otras escuelas y aproximaciones teóricas al conceptualizar la sociedad internacional como esencialmente conflictiva? ¿Acaso persiste el *estado de naturaleza* en el medio internacional y resulta ilusorio salir del mismo a semejanza de las sociedades nacionales y cohesionadas? (Moure, 2009). Las respuestas a estas preguntas vienen formuladas por las perspectivas transnacionales, en particular, por el neoliberalismo o el institucionalismo neoliberal. En concreto, su constatación de que la carencia de un Estado central de ámbito mundial no implica la anarquía ni el caos. Por el contrario, existen numerosos sectores de la realidad social internacional sujetos a acuerdos y regulación por parte de los Estados. Esta asunción no niega el conflicto, pero tampoco reduce toda la realidad social internacional a éste, pues sería un diagnóstico incompleto si no se contempla el lugar preferente que ocupa la cooperación. Ejemplo de ello es la creciente institucionalización de la sociedad internacional y los regímenes internacionales (Keohane y Nye, 1977).

No obstante, el debate sobre la naturaleza especialmente conflictiva de la sociedad inter-

nacional no se agota aquí. De hecho, desde algunas perspectivas agrupadas en el denominado reflectivismo, como el constructivismo, se sostiene que la supuesta anarquía del sistema internacional no posee un carácter estructural o inherente al sistema de Estados. Lejos de ser algo prefijado, es el resultado de un proceso social construido por los propios Estados. De esta manera se abre la puerta al cambio. En definitiva, a que los Estados puedan decidir la construcción de otro sistema internacional no sujeto a la anarquía (Wendt, 1992). En esta tesitura, el debate teórico cobra una inusitada importancia en la disciplina de las Relaciones Internacionales (RRII), por cuanto posee indudables consecuencias empíricas.

La relación entre la producción del conocimiento y la realidad social ha sido puesta de manifiesto por la teoría crítica en las RRII (Cox, 1981). Desde esta perspectiva cabe contemplar la tesis del *choque de civilizaciones* de Samuel P. Huntington por su innegable incidencia en la conceptualización y percepción de la conflictividad internacional de las últimas dos décadas. De hecho, la principal pretensión de su obra era la búsqueda de un paradigma que supliera al aplicado para la era bipolar (Huntington, 1993; Huntington, 1996). Con el fin de la Guerra Fría (1989) y la desaparición de la Unión Soviética (1991), el modelo de explicación bipolar de las controversias internacionales se había agotado. En esta tesitura, Huntington apostó por un nuevo paradigma de corte culturalista o esencialista. De pronto, los conflictos internacionales dejarían de tener un carácter marcadamente económico, político e ideológico para pasar a ser básicamente culturales o, en su máxima expresión, civilizatorios. Su principal argumento se asienta en que la creciente interacción internacional (viajes, telecomunicaciones, economía, integración regional, cambios sociales intensos) pone de manifiesto los contrastes entre unas culturas y otras. El ejemplo más revelador es el acceso a la modernización sin su correspondiente dosis de occidentalización, pues cada civilización tiende a preservar su propia identidad. No obstante, según el autor, ante la disparidad existente entre la supremacía de la occidental y el resto (confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-orto-

doxa, latinoamericana y africana), sólo caben tres acciones estratégicas: subirse al caballo ganador, el aislamiento (sin perspectivas de futuro) y la confrontación. En esta última línea, las más tendentes a chocar serían la occidental y la islámica (o alianza islámico-confuciana).

La tesis de Huntington estaba muy influenciada por sus propias resistencias al creciente multiculturalismo de la sociedad estadounidense que, como recogió en un trabajo posterior (Huntington, 2004), proyectó en la sociedad internacional de la posguerra fría. Los sucesos del 11-S parecieron darle la razón, pese a que paradójicamente el propio autor negara que se asistiera a una guerra entre civilizaciones. Sin embargo, nada impidió que una buena parte de las interpretaciones se hicieran en esas claves culturalistas. El mundo árabe e islámico pareció reemplazar la amenaza procedente del desaparecido bloque del Este y, a su vez, el islamismo asumía el rol desafiante que tuvo en su momento el comunismo. La política exterior de la nueva administración presidida por George Bush *junior* se apoderó del enfoque esencialista de Huntington. Los neoconservadores encontraron en el 11-S el pretexto (o *Pearl Harbour*) para tratar de instaurar su agenda hegemónica (Segura, 2004: 219). Su respuesta militarista a los ataques terroristas (primero en Afganistán y luego en Irak) no hizo más que retroalimentar esa misma visión esencialista por quienes los habían inspirado y perpetrado. Así se reproducía y reforzaba mutuamente el choque de los fundamentalismos (Ali, 2002). Fue el segundo gran éxito de Osama Bin Laden (Pfaff, 2002), alumno aventajado de Huntington. De hecho, la estrategia *yihadista* buscaba atacar al enemigo lejano para derrotar al cercano, provocando la intervención de las potencias mundiales que desestabilizara a sus aliados locales (Gerges, 2005).

Pese a que las críticas a la obra de Huntington no dejaron de redoblar, su eco se reducía al recinto académico principalmente. No pudieron competir con su carácter sensacionalista y apocalíptico, que encontró una rápida e inédita divulgación entre los medios de comunicación de masas (entre los que, hasta la fecha, su obra ha sido más citada que leída). El rigor y contundencia de sus críticos se basaba en los problemas

asociados a la problemática definición del término civilización; la visión férreamente hermética que le otorga; la constatación de que la mayoría de los conflictos se producen dentro de las propias civilizaciones y no entre éstas; y de inferir que de la mera diferencia cultural surge el conflicto. Entre las últimas contribuciones críticas destaca su reducción unidimensional de la identidad (religiosa, cultural o civilizatoria), encerrada sobre sí misma y exclusivista (Sen, 2007); y no advertir que la conflictividad tiene que ver más con las entidades políticas que con la culturales (Todorov, 2008).

Pero ha sido en el terreno de las RRII desde donde proceden algunas de las lecturas más contundentes sobre la naturaleza de la nueva conflictividad internacional. Sin ser una respuesta a Huntington, la obra de Michael T. Klare desarma su tesis al constatar que en la persecución del abastecimiento de los recursos no cuenta las lealtades «de civilización» (Klare, 2003: 32). Por el contrario, las relaciones internacionales están llenas de ejemplos que desmienten este supuesto comportamiento identitario. Es más, de sus análisis de las guerras y los conflictos extrae la conclusión de que «la mayoría» ha tenido «su origen en *los recursos*, no en las diferencias de civilización o de identidad» (Klare, 2006: 12). Estamos, pues, ante una tesis en las antípodas de la de Huntington. Si la visión de éste puede conceptualizarse como idealista (culturalista o esencialista), la de Klare cabe calificarla de materialista. Su explicación de la futura (y ya presente) conflictividad en el sistema internacional se asienta sobre la competencia por los recursos y, en definitiva, por el reparto del poder y la riqueza mundial que confieren. En síntesis, ambas perspectivas recogen las dos grandes visiones, antagónicas, sobre el carácter de las controversias internacionales de la posguerra fría.

Klare parte de un modelo tan sencillo como el creciente desequilibrio entre la oferta y la demanda. Pero que, sin embargo, reviste una gran complejidad y consecuencias muy desafiantes para la estabilidad y paz mundial. La razón de este frágil equilibrio deriva tanto del carácter limitado de los recursos naturales ofertados como de la importancia estratégica y vital que tiene para los Estados demandantes. Si la Guerra Fría



se caracterizó por la división bipolar del mundo, la disuasión nuclear y la controversia política e ideológica, la posguerra fría se viene caracterizando por la creciente competición en el acceso y aseguramiento de toda una serie de materias primas consideradas vitales por sus demandantes. Así pues, la economía se ha igualado en importancia estratégica con las concepciones de la época anterior: tecnología armamentista, alianzas político-militares, idea de contención y derrota de la URSS. No quiere esto decir que la geoconomía ha relegado o reemplazado a la geopolítica como que, actualmente, ambas se equiparan y constituyen las dos caras de una misma moneda; e introduce, en consecuencia, algunos importantes cambios en los parámetros de la seguridad mundial.

En este nuevo panorama, varios son los factores que se combinan en la contribución del conflicto. Primero, la creciente demanda de recursos a escala mundial, fruto tanto del crecimiento demográfico como de los acelerados procesos de modernización e industrialización de numerosos países. Entre los ejemplos más sobresalientes destacan las economías emergentes de China e India (*Chindia*) que suman unos 2.500 millones de habitantes (el 40% de la población mundial); y son responsables del incremento de la demanda de petróleo en un 40%, de casi todo el aumento del consumo de carbón en el mundo y del 50% del aumento de energía (Bustelo, 2010: 9 y 40). Garantizar ciertos bienes y, en definitiva, el bienestar de su población se ha convertido en un tema de seguridad y supervivencia para la mayoría de los Estados del mundo. Sólo basta con contemplar lo que supone la creciente demanda de alimentos, agua, vestido, calzado, medicinas, vivienda, enseres domésticos, ordenadores, energía, madera, minerales, materiales de construcción y automóviles para hacerse una idea de la enormidad que representa. Sin olvidar su no menos significativo impacto medioambiental (contaminación, deforestación, desertificación, escasez de agua potable y alimentos) con sus correspondientes consecuencias geopolíticas y amenazas para la paz y seguridad internacional (Manonelles, 2010).

Segundo, el carácter limitado de los recursos naturales y su potencial carestía a medida que

disminuyan será otra fuente de tensión internacional. De momento, los más menguantes son el agua y el petróleo. De hecho, ambos bienes son objeto de importantes disputas. El agua es uno de los recursos más preciados en el norte de África (cuena del Nilo), Oriente Próximo (ríos Jordán, Tigris y Éufrates) y el sur de Asia (río Indo). A su vez, el petróleo ha sido una de las fuentes más tradicionales de conflictos (Rusia en Chechenia y Estados Unidos en Irak) y es muy previsible que lo siga siendo en el futuro. Klare dedica un libro entero al asunto (*Sangre y petróleo*), en donde pone de manifiesto el dilema energía/seguridad que representa la dependencia energética para países como Estados Unidos. «El petróleo hace fuerte al país, pero la dependencia del mismo lo hace débil» (Klare, 2006: 32). Su vulnerabilidad deriva, entre otros aspectos, de asegurar el aprovisionamiento, protección de las vías de transporte, alianzas con todo tipo de regímenes políticos, implicación de la seguridad nacional con intervenciones militares en el extranjero y costes políticos que acarrea (sentimientos antiestadounidenses). Sin olvidar la competición geopolítica con distintos Estados (China y Rusia, entre otros) en Oriente Medio (golfo Pérsico) y en Asia central (cuena del Caspio).

Tercero, la proliferación de disputas en torno a la propiedad de las fuentes y yacimientos reviste diferentes modalidades. Por ejemplo, cuando una fuente de aprovisionamiento traspasa las fronteras de dos o más naciones se suele asistir a una disputa fronteriza; o bien cuando dos Estados están asentados sobre una misma bolsa de petróleo y uno la sobreexplota en detrimento de los ingresos de otro. Del mismo modo, las zonas marítimas costeras que contienen recursos energéticos es otra materia de disputa (mar de China meridional). Asimismo, el acceso a los recursos hace de algunas vías marítimas una ruta vital para su transporte, caso del estrecho de Ormuz en el golfo Pérsico y el canal de Suez en el noroeste de África.

Por último, pero no menos importante, la coincidencia de muchas zonas ricas en recursos con entornos altamente inestables y conflictivos sólo contribuye a incrementar la ansiedad e inestabilidad. El descontento político no suele proceder de una única causa, por lo general aparece

combinado con varios factores. En el terreno político, la autocracia se acompaña de la falta de libertades y la violación de los derechos humanos; en el económico, se extiende la corrupción y la desigualdad se ve incrementada entre los que acumulan riquezas derivadas de los ingresos de la venta de recursos y los que ven ampliada la pobreza y la miseria; en lo social, muchos de los resentimientos encuentran vías de expresión en los ámbitos comunitarios de diferenciación étnica, regional o confesional. Pero conviene no engañarse, detrás de muchos de los conflictos denominados «étnicos» o «religiosos» suele haber una larga historia de agravios y discriminación, derivada también de los efectos perversos o la llamada maldición de los recursos. De hecho, «cuando la divisoria entre los privilegiados y los desposeídos coincide con diferencias tribales o religiosas, como sucede a menudo, la violencia es el desenlace más probable» (Klare, 2006: 47). En el terreno externo, no cabe olvidar la animadversión hacia las empresas transnacionales explotadoras de los recursos en connivencia con los oligarcas locales. En contra de lo que comúnmente se cree, las riquezas del subsuelo de muchos países no terminan de redundar en beneficio de sus ciudadanos. En un capítulo impactante sobre África y la guerra por los recursos en este continente, el autor señala que «cuando al final se agote el petróleo, el cobre o el cobalto, las compañías energéticas y mineras se limitarán a recoger los beneficios y marcharse a otra parte, dejando a sus espaldas un desempleo generalizado, promesas rotas y unos agujeros muy grandes y vacíos» (Klare, 2008: 246).

Obviamente, no todas las potenciales tensiones y rivalidades terminarán en crisis violentas. Su resolución pacífica también suele ser favorecida por las «fuerzas del mercado global» en muchos casos, dado que los costes de una guerra tienden a sobrepasar a los beneficios derivados de una solución pactada. Sin embargo, ni la negociación ni dichas fuerzas aseguran siempre su éxito. Por tanto, cabe contemplar también el incremento de la tensión y los escenarios de conflicto. Los argumentos expuestos (prioridad adquirida por los factores económicos en la política mundial, creciente demanda de recursos naturales, inaplazable escasez de materias primas

vitales, proliferación de disputas por la titularidad de las fuentes de aprovisionamiento, y entornos sociopolíticos inestables en las zonas de grandes reservas de recursos), además de contundentes, gozan de la suficiente y necesaria fuerza explicativa para concluir, según el autor, que la guerra por los recursos será la característica más sobresaliente del entorno mundial de seguridad. En esta nueva geografía de los conflictos, unas regiones pierden su importancia estratégica (Europa del Este), otras mantienen y recobran mayor vigencia (Golfo Pérsico) y, finalmente, unas terceras adquieren una nueva dimensión (Asia Central y África). De manera que el mapa de la conflictividad internacional queda diseñado por las concentraciones de recursos y reservas de fuentes energéticas antes que por las tradicionales fronteras políticas y los arsenales militares.

Pese a este sombrío panorama, Klare deja abierto algún resquicio de esperanza, apuntando algunas vías que desactiven estos potenciales (y reales) conflictos. En concreto, diseña una posible ruta de cooperación, en la que aboga por una distribución más equitativa de las existencias; la puesta en marcha de un programa mundial de investigación de energías alternativas, renovables y que protejan el clima mundial; y la creación de una institución internacional, o bien el establecimiento de sociedades colaboradoras que adopten estrategias energéticas comunes y que, a su vez, cuenten con la confianza tanto de los líderes como de la ciudadanía mundial. De lo contrario, no hacer nada y, por consiguiente, mantener la actual dinámica, sólo conduce a la confrontación, destrucción y dilapidación de los recursos, además de la catástrofe ecológica.

En definitiva, los tres volúmenes que, de momento, constituye la obra que Michael T. Klare ha dedicado a desarrollar su tesis condensan una de las explicaciones más sólidas y convincentes sobre la conflictividad en el actual sistema internacional. Sin bien, como advierte el propio autor, no explica todos los conflictos en el panorama mundial, no menos cierto es que tampoco los explicaba del todo el modelo bipolar, aunque lograba dar cuenta de la confrontación entre las dos grandes superpotencias. De modo semejante, la tesis de Klare posee el sufi-

ciente alcance explicativo para ser considerado como un paradigma de referencia de la actual competición de las potencias mundiales por el acceso y dominio de los recursos naturales que, a su vez, contiene las semillas de los conflictos en la era de la posguerra fría.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALI, T. (2002). *El choque de los fundamentalismos. Cruzadas, yihads y modernidad*. Madrid: Alianza Editorial (1ª edición).
- BUSTELO, P. (2010). *Chindia. Asia a la conquista del siglo XXI*. Madrid: Tecnos.
- COX, R. (1981). «Social Forces, States and World Ordes: Beyond International Relations Theory», *Journal of International Studies: Millennium*, vol. 10, núm. 2, pp. 126-155.
- GERGES, F. (2005). *The Far Enemy: Why Jihad Went Global*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUNTINGTON, S.P. (1993). «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 3, pp. 22-49.
- (1996). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Simon & Schuster. [Huntington, S.P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós].
- (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidense*. Barcelona: Paidós.
- KEOHANE, R.O., y NYE, J.S. (1977). *Power and Interdependence*. Boston: Little, Brown.
- KLARE, Michael T. (2003). *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Barcelona: Ediciones Urano.
- (2006). *Sangre y petróleo. Peligros y consecuencias de la dependencia del crudo*. Barcelona: Tendencias.
- (2008). *Planeta sediento, recursos menguantes. La nueva geopolítica de la energía*. Barcelona: Tendencias.
- MANONELLES, M. (2010). «Cambio climático: retos para la paz y la seguridad internacional», en Mesa, M. *Balance de una década de paz y conflictos: tensiones y retos en el sistema internacional. Anuario 2010-2011*. Barcelona: Icaria & Ceipaz, pp. 65-84.
- MOURE, L. (2009). *El programa de investigación realista ante los nuevos retos internacionales del siglo XXI*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- PFAFF, W. (2002). «El 11-S y el orden mundial, *Política Exterior*, vol. 16, núm. 90, pp. 57-66.
- SEGURA, A. (2004). *Señores y vasallos del siglo XXI. Una explicación de los conflictos internacionales*. Madrid: Alianza Editorial.
- SEN, A. (2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires: Katz Editores.
- TODOROV, T. (2008). *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- WENDT, A. (1992). «Anarchy is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics», *International Organization*, vol. 46, núm. 2, pp. 485-507.